

JORNADAS DE INVESTIGACIÓN

Universidad Nacional de Villa María

Villa María, Córdoba, Argentina, noviembre de 2013

Proyecto: La Literatura en la Educación Secundaria. Aportes para una nueva enseñanza

La escuela frente a nuevas prácticas de lectura y escritura literarias en el marco de configuraciones culturales atravesadas por las TIC. Un debate pendiente

Expositora: Beatriz Vottero (co-directora)

De las muchas aproximaciones a la literatura que se han intentado, tal vez una de las más interesantes, de las más inquietantes, es aquella que la define por exceso. Como desborde, como deslizamiento. Si la pensamos como arte, quizás no haya otro modo de nombrarla que no sea desde la permanente experimentación, como aquello que naturalmente se recrea, se desdice para decirse desde otro lugar y con otras/nuevas palabras, recursos, texturas, mixturas, andamiajes y mudanzas.

En la escuela, en cambio, suelen proponerse definiciones más cercanas al corsé o al corral, que procuran sobre todo dejar en claro lo que queda afuera. Así aparecen conceptos ligados a las ideas de “corpus”, “valores estéticos” o “canon literario”, asociados, a su vez, a la tan mentada “distancia necesaria” para determinar la calidad de una obra o los logros de un autor, y aun las características de una época, corriente o cenáculo de iniciados. Cuestiones que, si lo pensamos bien, por lo general no interesan al lector de a pie; más precisamente lo tienen sin cuidado.

Claro que este planteo simple se podría objetar proponiendo que una cosa es *estudiar* literatura, en cuyo caso siempre regirán algunas pautas provenientes de los campos teóricos que se escojan; y otra cosa es *leer* literatura, sencillamente, como parte de la vida. Como se elige hacer un viaje, o tomar sol, o escuchar música, o dibujar. El problema, en todo caso, se presenta cuando se trata de *enseñar* literatura, sobre todo si pensamos en las chicas y los chicos de la escuela secundaria. Y más aún si hablamos de *formar* lectores, o por lo menos de habilitar, de propiciar, de dar la ocasión para la lectura.

¿Cómo elegir, entonces, qué dar a leer sin que el recorte clausure el deseo de leer?

Aquí es donde el profesor de literatura se pregunta, al menos por un momento, si las lecturas de siempre, las que le señala la tradición escolar, deberán seguir abarcando la totalidad del programa anual, o si acaso valga la pena probar con otra cosa, que intuye atractiva y distinta -por lo actual- pero que no puede/no sabe aún -por lo mismo- definir o describir. Ha enfrentado repetidas veces la incisiva pregunta de “por qué tenemos que leer esto”, y se ha deslizado por las tangentes posibles, saliendo escasamente airoso.

Ha sorprendido a los alumnos leyendo e intercambiando algunas/otras cosas en espacios que apenas rozan a la escuela, y recogido algunos indicios de que esas lecturas (y también escrituras) tienen algo que ver con la literatura, pero se sabe ajeno, un no-parte de la tribu, un extranjero. Y siente que quisiera pispear, con suerte ser admitido, saber qué está pasando y por qué los chicos leen con fruición algunos libros que la crítica insiste en denostar, y de dónde es que sacan esas frases y esas citas y esos nombres que él recién conoció cuando cursó la carrera de Letras, y que circulan con tanto desparpajo y naturalidad por las redes sociales.

Entonces espanta con un breve gesto sus meditaciones y vuelve a tocar piso, de regreso a la realidad “objetiva” que disipa inquietudes para reposicionarse en terreno seguro. Sin embargo, apenas los vuelva a ver -a ellos, sus alumnos de la secundaria, sus propios hijos o sobrinos- con el rostro iluminado en las pantallas de sus teléfonos móviles o sus computadoras personales, volverá a inquietarse preguntándose por qué los adolescentes pasan tanto tiempo leyendo, escribiendo y relacionándose a través de diversos dispositivos que

proponen textos fragmentarios, instantáneos, y no desarrollan, en cambio, el hábito de la lectura detenida y reconcentrada que -como se supone que todo el mundo sabe- exigen los buenos libros. Y sabrá que la respuesta que encuentre no será del todo válida porque la pregunta sigue estando mal planteada.

Llegamos, de este modo, al punto donde los profesores batallan contra molinos de viento. Pero podemos, sin pretensión de abarcar razones, indagar un poquito e intentar auscultar algunos cimientos para volver a pensar por qué la enseñanza de la literatura en la escuela secundaria es como es, y tiene los problemas que tiene, y parece tan divorciada de las lecturas que ocurren más allá de las fronteras del aula.

Recordemos que desde los tiempos fundantes del sistema educativo argentino (y aun en el marco de interesantes debates) la literatura no fue pensada tanto como un espacio para el arte (mejor suerte corrieron la plástica y la música), sino que estuvo al servicio de un proyecto de nación donde la escuela cumpliría el rol indeclinable de formar al ciudadano, que incluía la asimilación de una lengua culta cuyo modelo debía extraerse de los textos literarios. De *determinados* textos literarios porque además la literatura se convertía en el vehículo de una moral, de un modelo de familia, de trabajo, de abnegación, de sacrificio por la patria, de disciplinamiento de los cuerpos y de las mentes.

Los profesores, en tanto y en consecuencia, fueron formados por varias generaciones bajo una pretendida universalización del espectro de estudios de la literatura, que en buena medida concluía fosilizando un canon (y cierta lectura sesgada de ese canon). De este modo, durante decenios no hubo debate alguno -al menos de manera orgánica- acerca de lo propio o impropio de un listado de obras y de autores que se juzgaron sencillamente acordes a un mandato que estaría inspirado -como señalábamos más arriba- tanto en virtudes esteticistas como moralizantes.

Lo que llama la atención, en todo caso y como hemos venido señalando a lo largo de nuestra investigación en estos cuatro años, es precisamente esa falta de discusiones profundas sobre la cuestión aún hoy, quedando ésta librada a las inquietudes puntuales de cada docente, a sus percepciones, creencias, riesgos y desánimos. Hablamos de un debate pendiente que incluya no sólo el *qué* sino el *cómo*, ya que la renovación de una didáctica se presenta ineludible y no alcanza con la tímida inclusión de algunas actividades novedosas, asociadas en muy pocos casos a las nuevas prácticas de lectura y de escritura y a la disponibilidad de las nuevas tecnologías en el aula.

El campo teórico, en cambio, hace ya tiempo que se pregunta desde diversas vertientes sobre qué hay de nuevo en el fenómeno literario: nuevas narrativas, nuevos géneros, nuevos modos de edición, de lectura y de circulación de textos.

Entre nosotros, un concepto medular es el de literaturas post-autónomas, de Josefina Ludmer, una de las referentes indiscutibles de la academia nacional e internacional, que -sin embargo- no ha ingresado a la práctica escolar. Ludmer (2010) sostiene que se trata de "escrituras diaspóricas [que] no sólo atraviesan la frontera de 'la literatura' sino también la de 'la ficción', y quedan afuera-adentro en las dos fronteras. Y esto ocurre porque reformulan la categoría de realidad: no se las puede leer como mero 'realismo', en relaciones referenciales o verosimilzantes. Toman la forma del testimonio, la autobiografía, el reportaje periodístico, la crónica, el diario íntimo, y hasta de la etnografía (muchas veces con algún 'género literario' injertado en su interior: policial o ciencia ficción por ejemplo). Salen de la literatura y entran a 'la realidad' y a lo cotidiano, a la realidad de lo cotidiano (y lo cotidiano es la TV y los medios, los blogs, el email, internet, etc). Fabrican presente con la realidad cotidiana y esa es una de sus políticas. La realidad cotidiana no es la realidad histórica referencial y verosímil del pensamiento realista y de su historia política y social (la realidad separada de la ficción), sino una realidad producida y construida por los medios, las tecnologías y las ciencias. Es una realidad que no quiere ser representada porque ya es pura representación: un tejido de palabras e imágenes de diferentes velocidades, grados y densidades, interiores-exteriores a un sujeto, que incluye el acontecimiento pero también lo virtual, lo potencial, lo mágico y lo fantasmático.

"L a realidad cotidiana de las literaturas postautónomas exhibe, como en una exposición universal o en un muestrario global de una web, todos los realismos históricos, sociales, mágicos, los costumbrismos, los

surrealismos y los naturalismos. Absorbe y fusiona toda la mimesis del pasado para construir la ficción o las ficciones del presente. Una ficción que es 'la realidad'. Los diferentes hiperrealismos, naturalismos y surrealismos, todos fundidos en esa realidad desdiferenciadora, se distancian abiertamente de la ficción clásica y moderna." (151-152)

Ludmer lo expresa con una claridad meridiana que no deja fisuras. Pero lo asombroso, en todo caso, es que sus palabras nos ponen sencillamente ante una evidencia, con lo cual -más allá de las categorías que le asignemos- no podemos sino aceptar que describe aquello de lo que somos parte, más protagónica o no tanto, más involucrada o menos, pero de ningún modo ajenos.

Ello como ciudadanos de nuestro tiempo que, a su vez, nos sitúa frente a una segunda evidencia sobre la que quisiéramos insistir: por contraste, la escuela, al enseñar literatura, continúa rendida no sólo a favor del libro como formato y soporte, sino que no sale de clasificaciones que son inaplicables a las nuevas expresiones literarias. La cultura escolar es un pesado animal que se mece con morosa lentitud.

La vida en las aulas se conforma por el entramado de complejas prácticas atravesadas por creencias, supuestos, propósitos, convicciones y sobre todo por numerosas repeticiones acríticas de aquello que *siempre* se hizo.

Pero por eso mismo creemos que vale la pena sumarnos a un cambio que sobre todo las nuevas generaciones de profesores deberán asumir. Se trata de apostar (verbo que incluye pactar y arriesgar) a pensar -desde la escuela- que estamos inmersos en nuevas modalidades literarias, y sobre todo de animarnos a pensar que esta nueva literatura no sólo no excluye, sino que requiere de nuevos formatos, soportes y sobre todo de otras/nuevas categorías de autor, editor, lector, compositor, divulgación y reproducción; así como de recursos, estilo y -por supuesto- de géneros.

Llegamos de esta manera a un punto crucial para nuestra apreciación, que nos obliga a retomar el tan luminoso concepto de Bajtin (1982) sobre géneros discursivos, que pone en valor la dimensión epocal, anclada en un tiempo y en un espacio donde interactúan determinados sujetos, en determinadas condiciones de comunicación y de uso del lenguaje. Estamos indiscutiblemente frente a nuevas interfaces literarias como prácticas discursivas de ciertas esferas de la actividad social, en tanto construcciones verbales idiosincrónicas que ingresan naturalmente a la literatura como, por otra parte, ha sucedido en todos los tiempos, y que -sin embargo- la escuela desestima como corpus de trabajo literario.

Basta explorar un poco las redes más populares, como *facebook* o *twitter*, para descubrir, por ejemplo, que muchos escritores alientan escrituras colectivas de sus propias obras en proceso, a través de un verdadero trabajo colaborativo propio de la web 2.0. Escrituras corales que cuentan tanto con la lectura diferida como con el intercambio en línea. Se trata, por ello mismo, de lecturas públicas de la obra literaria en su periodo de producción, por lo que la producción pasa a ser pública, y a veces va de abajo hacia arriba porque así funciona el *twitter*, donde lo último está al principio. Lo mismo ocurre en blogs que en muchos casos se han hecho muy populares, además de que los hay para todo: leer literatura, producir literatura, intercambiar literatura, hablar sobre literatura.

Y más sorprendente aún es que para participar de las comunidades virtuales que algunos de estos espacios convocan, sólo se requiere tener algo en común, que la mayoría de las veces tiene que ver con elecciones de orden subjetivo, antes que con una formación en el campo literario. Un caso ejemplar es el de los fanfics (fanfictions o fanáticos de la ficción), que reúne a personas (sobre todo jóvenes) aficionados a tal autor o saga o escuela literaria, que intercambian lecturas y reescriben -incluso valiéndose de recursos wikis- los textos originales sin ningún prurito de estar violentándolos. Muy por el contrario¹.

En referencia a la edición de libros, y asimismo para no dejar de mencionar un aspecto emblemático, se encuentran ya en el mercado los app-books o libros enriquecidos, que están pensados básicamente para los lectores en tableta (iPad y similares) y, aunque menos, para teléfonos inteligentes. Se trata de un formato que ya viene a reemplazar al libro electrónico, y que integra contenidos multimedia en los textos, además de herramientas de participación y conexión directa con redes sociales, con lo que los aportes del lector ya no quedarán reducidos a las conocidas marcas en los márgenes (propio del papel y también del e-book), sino que

se ven enriquecidos por la interacción directa -y en simultáneo con la lectura- con otros lectores y hasta con el mismo autor y sus editores. Ello en una atmósfera musical, si se desea, mientras el lector va siguiendo la trama que a su vez podrá alternar -por ejemplo- con entrevistas de video al autor, mientras recibe en la propia tablet una dedicatoria manuscrita.

Convengamos que los lectores desde siempre se reunieron a conversar y a escribir sobre sus lecturas, pero no podemos dejar de reconocer que frente a estas nuevas propuestas el estatuto del lector ha cambiado, y que se han acortado visiblemente las distancias entre el autor (profesional o amateur) y el simple gesto de ser leído, generando lo que podría denominarse una atmósfera donde se produce y recrea la experiencia literaria desde las distintas aristas que la componen, en una profunda interacción y en un proceso donde las categorías de tiempo y de espacio también han cambiado, como desde hace ya bastante se viene observando desde diversos campos de investigación sobre los efectos de las TIC.

La escuela, sin embargo y como venimos insistiendo, parece seguir atada a prácticas centenarias, no sólo en relación a los géneros escolarizables y a la composición del canon de lecturas, sino sobre todo a prácticas de escritura individual y manuscrita que producen un corrimiento cada vez más alejado de las modalidades de lectura y de escritura en teclados y pantallas. De este modo, cuando se trata de leer literatura, se piensa -como observábamos más arriba- en el libro casi de manera excluyente. Por otro lado, raramente habilita la escritura literaria, considerada una tarea de excepción en la programación didáctica, cuando no para unos pocos *talentosos* que asisten a un taller extracurricular.

Entendemos entonces que es el momento para redimensionar la propuesta de los talleres de lectura y escritura que Gloria Pampillo presentara en los '80, asociada al trabajo del Grupo Grafein y al *Escriturón* de Alvarado y Bombini, combinando una adaptación de técnicas surrealistas con consignas inspiradas en la Gramática de la fantasía de Gianni Rodari.

Se trataría de recuperar y sobre todo de resignificar y potenciar aquellas propuestas, en la convicción de que el arte, como decíamos en las primeras líneas, no se deja sujetar ni poner bajo vigilancia. Si la palabra es hoy multimodal, y nuevas estéticas ocupan espacios que recorren los velos de la academia para dejar entrar voces menos hegemónicas, menos cristalizadas, pero igualmente ansiosas o busconas de una experiencia literaria, tal vez estemos un poco más cerca de sumar lectores y de allanar espacios para que la literatura nos seduzca cada día con un gesto nuevo, repetido pero siempre distinto, nacido, simplemente, de la fuerza del deseo.

Villa María, noviembre de 2013

Bibliografía citada:

BAJTIN, Mijail (1982): *Estética de la creación verbal*. México. Siglo XXI. Cap: El problema de los géneros discursivos.

LUDMER, Josefina (2010) *Aquí, América latina. Una especulación*. Buenos Aires, Eterna Cadencia. El concepto ya había sido expuesto en diversos artículos y entrevistas, entre ellos: "Literaturas postautónomas" (2007) Disponible en: <http://www.lehman.edu/ciberletras/v17/ludmer.htm> ; "Elogio de la literatura mala" (entrevista) Revista Ñ, sábado 1 de diciembre de 2007 y "Literaturas postautónomas 2.0". Revista Propuesta Educativa N° 32. Dossier Pensar la cultura. Saberes, imaginarios y sujetos de la contemporaneidad. FLACSO-Argentina, noviembre de 2009.

¹ El fenómeno de los fanfic es investigado, en particular, por equipos dirigidos por Daniel Cassany. Mencionamos como ejemplo: CASSANY, Daniel, SALA QUER, Joan y HERNANDEZ, Carme (2009) "Escribir «al margen de la ley»: prácticas letradas vernáculas de adolescentes catalanes". Simposio sobre Prácticas letradas contemporáneas: análisis y aplicaciones, Madrid.